

Dorothy Tanck de Estrada (coordinadora), *Historia mínima de la educación en México*, México, El Colegio de México, 2010, 261 p.

El papel de la familia en la formación de la infancia, los castigos corporales, las danzas, los rituales comunitarios, las ceremonias cívicas, las fiestas religiosas, el entrenamiento para la guerra o para el trabajo son todos procesos educativos. Este es uno de los planteamientos que cruza los ocho capítulos del libro *Historia mínima de la educación en México*, publicado por El Colegio de México, texto que forma parte de un encomiable esfuerzo de dicha institución por difundir, sintetizar y compartir con el público general, no especializado, los últimos avances y las nuevas interpretaciones de la historiografía mexicana. De tal forma, los autores rescatan aquí no sólo las experiencias cotidianas de sujetos frecuentemente marginados por la escritura histórica (los alumnos, los niños, los maestros), sino también, gracias a la consulta de diversas fuentes, reconstruyen los espacios educativos, los materiales didácticos, las representaciones sociales, el papel de la Iglesia o la educación para mujeres desde la época prehispánica hasta el siglo XXI. Los textos que componen este libro extienden una invitación al lector a pensar en una complejidad de historias que se entretrejen.

Tradicionalmente la historia de la educación se entendía como el recuento de políticas estatales, planes curriculares, normatividades educativas, ideas pedagógicas o instituciones de enseñanza. Sin embargo, en este libro el lector encuentra un exitoso intento de integrar las miradas y experiencias “desde abajo”, es decir, desde el entramado compuesto por variadas prácticas cotidianas y vivencias que trascienden lo escolar: los azotes, las narraciones orales, la sexualidad, las labores manuales, los cantos, la música, la danza, los medios de comunicación o el comportamiento de los niños en la calle.

En su capítulo sobre el virreinato y el nuevo orden, Pilar Gonzalbo subraya la importancia de “preguntarse qué entendían unos y otros por educación, cómo se llevó a la práctica, si existió uno solo o varios modelos educativos y quiénes se beneficiaron de ello”. La educación, en este libro, se define de manera amplia y “no se limita

a la instrucción en materias escolares sino que abarca el entrenamiento en las actividades cotidianas”, o, cómo apunta Engracia Loyo, las enseñanzas que “rebasaron los muros del aula e intentaron alcanzar a la comunidad”. Esta interpretación permite que el campo de la historia de la educación adquiera enorme riqueza y logre vincularse de manera muy estrecha con aspectos de la vida cotidiana, de la economía, de la cultura o la política de las sociedades del pasado.

Una promesa de este libro desde sus primeras páginas es presentar una historia no tanto de leyes o instituciones sino de sujetos y sus experiencias. En ese sentido, abundan los ejemplos de las experiencias infantiles, juveniles, femeninas o indígenas, es decir, lo que se historiza son las prácticas cotidianas de los sujetos que son educados. Pablo Escalante rescata la vida cotidiana de los alumnos de los *telpochcalli* y relata cómo debían mantenerse despiertos durante la noche para vigilar la ciudad o para tomar baños de agua helada. Gracias a fuentes como los diarios personales de Miguel Hidalgo y Costilla o de Juan Nepomuceno, Dorothy Tanck acerca al lector a las experiencias educativas de estos sujetos. Tanck, como en páginas posteriores lo hacen Engracia Loyo y Anne Staples, acerca al lector a la vida material en las escuelas. Conocemos entonces que durante el siglo XVIII se usaban cajas con arena como mesas y palitos o dedos como lápices, mientras que a principios del siglo XX se introdujeron al aula los lápices de grafito y papel de pulpa de madera, lo cual implicó el abaratamiento del costo de los útiles y permitió que más niños acudieran a las escuelas.

En una historia de las experiencias encontramos siempre contradicciones u oposición con las políticas, las leyes o los reglamentos impuestos “desde arriba”. En la Academia de San Carlos los profesores usaban a sus estudiantes, a quienes debían enseñar, para trabajos privados. Un ejemplo de la bifurcación entre ideales y prácticas se presentó en 1813, pues aunque el castigo de los azotes se abolió en ese año, gracias a las Cortes de Cádiz, las leyes no llegaron tan pronto al hogar. Todavía durante el gobierno de Benito Juárez se seguían intentando desterrar las penas corporales de las escuelas. A principios del XIX las constituciones estatales exigieron saber leer y escribir para ejercer derechos ciudadanos a los 18 años, pero en la realidad fue imposible cumplir este precepto pues la mayor parte de la población no hablaba español, tanto que “a la larga fue eliminado de las constituciones estatales”.

Para la historia de la educación es imprescindible hablar de los espacios escolares. Aquí se rescata también una historia de esos espacios, de sus diferencias en la ciudad o el campo, de cómo las escuelas eran casas rentadas en las que vivía el maestro y su familia o, muchas veces, capillas abandonadas y cuartos en casas de la comunidad. “La construcción de edificios escolares no tendría lugar hasta la segunda mitad del siglo XIX”, indica Anne Staples. Para finales del siglo XIX el estado de los edificios escolares era insalubre, inapropiado e improvisado; estaban oscuros y mal ventilados, ubicados con frecuencia en vecindades, y los alumnos, así como sus familiares, se quejaban por las goteras, los pisos y vidrios rotos o la falta de mobiliario. Para el siglo XX, algunas escuelas se ubicaban en casas particulares pero por lo general ya estaban en edificios amplios, “construidos ex profeso, de varios pisos y salones, con patios y canchas deportivas”.

Entre los múltiples ejes conductores que hilvanan los capítulos de este libro se encuentra el de la educación y el género. Las niñas, desde la época de los nahuas, eran dedicadas a trabajos vinculados con el hogar: tejido, costura, cocina, situación que permaneció hasta muy entrado el siglo XX, donde encontramos que muchas escuelas para mujeres de la posrevolución estaban, por ejemplo, destinadas a formar “amas de casa”.

Estos ocho capítulos proponen pensar de manera histórica diversos fenómenos del presente. El gran actor por excelencia en el proceso educativo, además del alumno, el maestro, aparece como un sujeto histórico que durante varios siglos sufre no sólo la falta de sueldo sino de aprecio social. Tanck nos muestra cómo en el siglo XVIII las comunidades indígenas se ocuparon del salario de los maestros. En tanto las familias contribuían a pagarle, también protestaban si sus hijos no aprendían a escribir. En el siglo XX se rompió la idea de que el magisterio era la carrera femenina por excelencia, pero la formación docente dejaba mucho que desear. Loyo muestra que la mayor parte de los maestros rurales, a mediados de los años veinte del siglo pasado, apenas habían cursado la educación primaria. Durante el alemanismo, como explica Cecilia Greaves, los maestros rurales seguían con poca preparación, formándose de manera “empírica”, pero “con mayor reconocimiento por parte de los vecinos, expresado con frecuencia en su liderazgo en las comunidades”.

Este texto muestra al lector cómo una de las prioridades de las autoridades, desde la época prehispánica hasta nuestros días, ha sido formar a individuos capaces de contribuir a la economía. Escalante indica que la transmisión de los saberes artesanales no se hacía en las escuelas, sino en los talleres familiares ubicados en los barrios de artesanos. En el virreinato se establecieron escuelas de artes y oficios y desde la metrópoli fueron traídos artesanos especializados para enseñar diversos oficios. Gonzalbo muestra cómo a comienzos del siglo XVIII el trabajo se convirtió en una forma de castigo contra el mal comportamiento de niños y jóvenes. De tal forma, como señaló Michel Foucault en sus estudios sobre la prisión, el trabajo se concibió como un acompañamiento de la vida en el encierro. El siglo XIX fue testigo de cómo el Estado moderno buscó formar obreros calificados y vincular el trabajo con la formación de ciudadanos. En el siglo XX, en especial durante la etapa cardenista, “los alumnos deberían tener contacto con centros de trabajo y organizaciones como sindicatos y cooperativas, y apoyar los esfuerzos de sus integrantes”. Décadas después, la consigna fue “adecuar la educación a las necesidades industriales del país”. Urgía contar con técnicos preparados.

Los medios utilizados para transmitir el conocimiento cobran especial relevancia en esta *Historia mínima*. En la época prehispánica debía aprenderse a interpretar libros como el *tonalámatl*, el *zihuámatl* y el libro de los sueños, durante el virreinato el catecismo del padre Jerónimo Ripalda o lo que sería “el primer libro de texto gratuito en México”, la *Vida de Salvadora de los Santos, india otomí*, publicado con los fondos de los indios y entregado gratuitamente durante 37 años. En el siglo XVIII aparecen los primeros libros con grabados para niños y para el siglo XIX textos con láminas intercaladas y periódicos infantiles, dando inicio a la idea de que los niños también necesitaban “recreación”. Se llega así hasta los libros de texto gratuitos y de uso obligatorio en las primarias, publicados por el Estado que buscaba, “asegurar una base cultural uniforme y avanzar en el proceso de integración nacional”. Los libros de texto se convierten en objeto de debates, como señala Josefina Vázquez, quien escribe el capítulo de cierre del libro y muestra cómo los nuevos medios de comunicación, la radio, las historietas, las fotonovelas o la televisión se convierten en canales educativos y cómo la educación se vale de múltiples producciones culturales: museos, teatro, danza o música.

Esta obra subraya la importancia de divulgar los hallazgos de la investigación académica entre el público general, de compartir el conocimiento que se logra en los ámbitos de las universidades y los centros de investigación con un público no especializado, y de invitarlo a pensar en otros aspectos de la historia, en otros actores, en otros espacios.

Susana SOSENSKI
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

